

Tal es la moral de la leccion de hoy. La Inglaterra ha tenido el mérito de comprender que las bayonetas no eran todo, y que era menester ceder ante la razon. ¡Sólida leccion de la historia! Se han visto sucumbir gobiernos por debilidad, príncipes que perecieron á pesar de sus soldados y de sus cañones; pero gobiernos que hayan perecido por haber sido justos, equitativos y sensatos, no los muestra la historia, y como yo creo en Dios, afirmo que no los mostrará tampoco en el porvenir.

LECCION XXII.

PROYECTOS DE TOWNSHEND.—DERECHO DE TIMBRE. PATRICK HENRY.

SEÑORES:

Hemos llegado al año de 1765, al momento en que el Parlamento inglés adoptó una juiciosa resolucion, aboliendo el derecho de timbre que habia causado en América tan profunda agitacion.

La noticia llegó á América á principios del año de 1766, y colmó de júbilo á todos sus habitantes. No se tenia la menor idea, el mas lejano pensamiento de independenciam. Cuando se transigen intereses es fácil reconciliarse sinceramente y vivir en paz; pero las ideas, los principios, los derechos no admiten transaccion. Sin duda que en momentos dados puede hacerse la paz, aplazarse la lucha; pero es una gloria del alma no transigir sino con la verdad. Un individuo puede resignarse, un pueblo no. Tal fué lo que pasó en América: desde el primer día los americanos vieron de qué manera habia aceptado el Parlamento el reconocimiento del derecho que ellos habian defendido. «Hemos pretendido siempre, decian, gozar del derecho que tiene todo hombre de no pagar otro impuesto que el que ha votado, desde que el impuesto forma parte de la fortuna de los ciudadanos; nuestro derecho ha sido reconocido y la cuestion resuelta; pero estando reconocido aquel, ¿cómo es que se pretende imponer contribuciones á nuestro comercio?» Esta gran distincion de impuestos interiores y exteriores, que Franklin aceptaba, era rechazada por gentes mas adelantadas, como Otis y Sa-

muel Adams. «El principio, según estos, importa toda clase de impuestos; consiste en que la propiedad del ciudadano, sea raíz ó mueble, sea siempre suya exclusiva, y solo el dueño ó sus mandatarios puedan disponer de ella. Somos nosotros, decían, los que debemos gravar nuestras mercancías como propietarios: no se negarán al gobierno inglés las sumas que necesite; pero son los americanos quienes deben votarlas.» Esta idea, defendida por Otis, comenzó desde entonces á ganar prosélitos.

En Inglaterra se hallaban en el extremo opuesto; si bien cedían bajo el influjo político de Pitt, al abandonar el impuesto, tuvieron la precaución de reservarse el derecho. Se había cedido como cede un padre á su hijo, por debilidad; pero declarando que el Parlamento tenía el derecho de imponer contribuciones á las colonias como lo creyera conveniente. Era notorio cuánto había costado al rey ceder en esta parte: espíritu estrecho, testarudo, de ideas escasas y mezquinas, los que tienen pocas ideas se aferran á ellas porque estas les parecen cosa enteramente rara. Jorge III creía que la majestad real se hallaba ofendida en su persona, y que era menester aprovechar la oportunidad de humillar á su turno á la América. En el Parlamento había mucha gente que pensaba como el rey, no por amor al realismo, sino por espíritu de cuerpo. La supremacía del Parlamento era para muchos ingleses sinónimo de libertad. A sus ojos, la libertad pública consistía en la omnipotencia parlamentaria; la gloria del Parlamento les parecía íntimamente ligada á la fuerza de la Inglaterra. Una pequeña colonia de dos millones y medio de habitantes que resistía al Parlamento, era á sus ojos imperdonable insolencia que tarde ó temprano debía castigarse.

El segundo acto del drama que iba á terminar tan desgraciadamente para la Inglaterra tiene lugar en 1767. El autor de la cuestión de impuestos volvió á proponerla. Carlos Townshend era un hombre de talento, que tenía muchas ideas y quería aprovecharse de ellas. Cuando el ministro Rockingham sucedió en el poder al ministro Grenville, Townshend había desistido de la idea de imponer contribuciones á la América, encontrando muchos inconvenientes á semejante medida. Vuelto al poder, bajo el ministerio Pitt, é instigado por Grenville que le reprochaba su cobardía, volvió á su antigua idea, imaginando que en

esas circunstancias sería un acto popular poner contribuciones á las colonias. Sus contemporáneos le daban el apodo de *veleta*, y confieso que este nombre aplicado á ciertos políticos no me parece muy acertado. Cuando se estudia esa clase de gentes, se ve que son constantes á su ambición, y que el nombre de veleta es mal escogido, porque semejantes individuos sacrifican á su interés hasta la propia conciencia.

Carlos Townshend aprovechó de la enfermedad de Pitt, que dejaba el ministerio sin dirección, para imponer contribuciones á la América, y presentó un *bill* que creaba un impuesto sobre el papel, sobre las pinturas, sobre el té, &c. El *bill* no fué atacado, por decirlo así, pues no veían gran diferencia entre la decisión que se iba á tomar y lo que pasaba todos los días. «Puesto que se crían impuestos para la Inglaterra, decían ¿por qué no hacerlo con las colonias?» La ley pasó sin discusión. Sabido esto en América, volvió á renacer la antigua agitación. La metrópoli insistía en la pretensión de crear impuestos contra la voluntad de las colonias, ó lo que era igual, pretendía negar á los ingleses de las colonias el derecho que tenía todo ciudadano de la Gran Bretaña. Si el Océano separaba ambos países, esta no era razón para considerar á los colonos como degradados, siendo ciudadanos ingleses como los demás, reduciéndoseles á la condición de párias. Los ingleses, previendo la agitación que iba á producir la ley, enviaron tropas á América. Franklin comprendió que este era un mal sistema para aplacar á un pueblo decidido, y cuando le preguntaron si temía que hubiese asonadas en América, contestó: «No, pero si no las hay, las habrá.»

Sin embargo, el pueblo americano poseía las grandes cualidades de la raza inglesa; la resistencia tenaz, pasiva, que sabe esperar. Los colonos, que conocían hacia tiempo la economía política, pues Franklin sabía tanto de ella como Adam Smith, se dijeron: «Los ingleses nos venden materias fabricadas; luego necesitan más de nosotros que nosotros de ellos. ¿Qué puede impedirnos no comprarles nada? Una vez que hayamos producido el hambre en el mercado inglés, entonces serán más razonables. Se decidió, pues, no comprar en adelante mercancías inglesas, decisión más fácil de tomar que de ejecutar; de suerte que como no entraban sino mercancías inglesas en las colonias, fué preciso fabricar para suplir las que se rechazaban. Pero eso de fa-

bricar lo que se necesita, no se hace de la noche á la mañana, sobre todo en países en los cuales la industria se halla esclavizada por leyes coloniales. No retrocedieron, sin embargo, ante tan heroica resolucion, decidiendo que no se comeria carnero para que la lana bastase á cubrir las necesidades de la poblacion. Las mugeres renunciaron á vestir de seda y á llevar cintas, y los periódicos celebraron, á cual mas, la belleza y la virtud de las señoritas americanas que no usaban mas atavíos que su patriotismo.

Es necesario hacerles esta justicia, y es que ellas participaban de la opinion de sus padres y de sus maridos; miéntras que, por el contrario, casi todas nuestras esposas son aristócratas, por mas que sus padres ó maridos tengan inclinaciones democráticas. Esto proviene de una mala educacion que no tienen las americanas; y una de las causas que concurrieron al triunfo de la revolucion, fué que el patriotismo de estas no se debilitó jamas.

A otro artículo se renunció tambien, al té. Y el sacrificio no fué pequeño en un país en donde se toma té tres ó cuatro veces al dia. Privacion inmensa que se soportó bien, tratándose de sustituir el té con un abominable brebaje compuesto de hojas de frambueso.

Así empezó la resistencia. Washington, á quien nadie superaba en energía y patriotismo, y que vislumbraba el porvenir, escribia lo siguiente á George Mason:

«Hemos expuesto nuestra situacion en las manifestaciones dirigidas al rey y al pueblo inglés; estas manifestaciones no han tenido éxito; no se nos ha querido escuchar: harémos el ensayo de introducir el hambre en su comercio y en su industria; y si á la larga nos niegan una satisfaccion, no abandonarémos por eso las libertades que nos legaron nuestros mayores, ni cejarémos ante la resistencia armada.»

La grandiosa figura de Washington, ese carácter tranquilo y firme, nos revela lo que pasaba en el ánimo de los hombres mas moderados de América: no querian la guerra; pero no pensaban tampoco en ceder. Sin duda alguna que en Massachusetts existia ya un partido que veia la separacion como un hecho consumado; pero la gran mayoría de la nacion solo tenia un deseo, el de defender su derecho.

Cuando supieron en Inglaterra el acuerdo universal que hacia sufrir de tan singular manera al comercio inglés, se rebeló el orgullo na-

cional. Un diputado dijo: «Es menester acabar con esos rebeldes, con esos traidores al rey, y lo que es peor aún, traidores al Parlamento. «Enviemos tropas que den cuenta de los sediciosos.»

Townshend habia muerto; lord Hillsborough, que acababa de sucederle en la oficina de comercio, propuso que se pusiese en vigor un estatuto del año 35 del reinado de Enrique VIII, que permitia se juzgasen en Inglaterra los delitos cometidos en las colonias. En otros términos, propuso se arrestasen en América los indiciados que podian ser inocentes, y que se les trasportase á Inglaterra para ser juzgados.

Burke atacó vivamente esta proposicion; y como le respondiesen que en América seria imposible encontrar un jurado imparcial, «¡pues qué! dijo, si entre dos millones y medio de habitantes no teneis uno solo que os sostenga, ¿no veis que es preciso cambiar vuestro sistema ó perder las colonias?» Todo fué en vano; no le escucharon, sin embargo de la profunda agitacion que reinaba en el ministerio Chatham.

Lord Chatham padecia unos terribles ataques de gota que debian acortar su vida, y tambien de un abatimiento profundo que durante dos años le tuvo distante de la política. Esta circunstancia casual puso en manos secundarias la direccion de la suerte colonial.

El duque de Grafton, que era el ministro mas importante despues de Pitt, preguntó si no seria todavía tiempo de detenerse para no continuar por un sendero tan peligroso; no hubo medio. La suma de las contribuciones que se pretendian crear ascendia á un millon de francos; por esta cantidad se iba á arruinar el comercio y á perder enormes caudales, pues solo en el té las pérdidas alcanzaban á dos millones anuales.

Idearon no obstante una transaccion, lo que significa en política tomar un pésimo temperamento. El general Lafayette decia con suma gracia: «Si dos hombres disputasen en una asamblea sosteniendo uno de ellos que dos y dos son cuatro, y el otro que son seis, la mayoría aplaudiria á los sabios que dijese: buenas gentes, no disputeis; dos y dos son cinco.» Lord North, el favorito del rey, propuso, pues, una transaccion que consistia en defender el principio y renunciar á las consecuencias. De todos los artículos sometidos al impuesto solo se conservaria el té, arreglando las cosas de manera que este no fuese mas caro en América que en Inglaterra; así se salvaba el principio.

Semejantes proposiciones seducen siempre á la mediocridad, porque tienen visos de solucion. Quedaba, sin embargo, la cuestion de si existia el derecho de imponer contribuciones á la América; pero los americanos sabian perfectamente cuánto importaba un principio. Esto recuerda la historia del niño que no quiere decir A, porque cuando diga A le harán decir B, y sabe Dios adonde irán á parar. Los colonos comprendian que aceptada una contribucion, por pequeña que fuese, dejaban de ser señores de su propiedad. Lord North optó por el proyecto.

Chatham, restablecido de sus dolencias, volvió al ministerio. El rey, colocado entre Chatham y lord North, habia querido formar un ministerio dócil, llamando á este último á la presidencia del gabinete. Una vez separado Chatham, el rey pudo dar rienda á sus resentimientos y mezquinas venganzas.

Lord North, que tuvo la triste gloria de perder la América, es una de las figuras mas extrañas que ofrece la inmensa galería de ministros ingleses, en la cual existen muchos bastante originales. No era ni ambicioso, ni ávido, excelente hombre en el fondo; pero cortesano, una especie de lacayo bien criado, apto para todo, excepto para ministro. Complacer al amo, estar con él en la mejor inteligencia, ir á la Cámara á defender la política del rey, hé ahí toda su ambicion; y hacia su papel con buen humor, con una jovialidad y una flema, que deleitaban á sus contemporáneos y hacian que le considerasen el mas acabado ministro.

Como era muy grueso (él mismo se burlaba de su pesadez y lentitud), su enorme obesidad contribuia á la placidez de carácter, dándole la indiferencia de un elefante. Cuando hombres del temple de Burke le atacaban con extremada violencia; cuando individuos de la vivacidad de Fox lo punzaban sin tregua, dormia; sus colegas tenian que despertarlo á codazos. Tal era el hombre encargado de gobernar á la Inglaterra, de resolver tan gran cuestion. Léjos del ministro la idea de emplear medidas violentas, su deseo consistia en dejar dormir el negocio; pero tras de él estaba el rey, que queria que se obrase y era preciso obedecerle.

Enviaron al efecto á las colonias una circular para estimular el celo de los gobernadores y obligarlos á ejecutar la ley, á hacer aceptar la

contribucion sobre el té y á impedir que las asambleas coloniales protestasen contra el impuesto. Esta circular fué mal recibida, y tan mal, que el dia que llegó la noticia á América, estalló una asonada en Boston, el 5 de Mayo de 1770. Esto es lo que se llama la carnicería de Boston, á pesar de que solo hubo tres muertos y ocho heridos. ¡Feliz el pueblo que puede dar tal calificacion á una resistencia semejante! El desórden no tuvo consecuencias, por fortuna. Lord North, espantado quizá, ó teniendo entre manos asuntos de mayor gravedad, dejó á un lado, por lo pronto, los negocios de América.

Los americanos desde 1770 hasta 1773, se encontraron en una situacion extraña; estaban sometidos á un impuesto que no querian. Abolida la contribucion sobre el papel, las pinturas, &c., compraron papel y pinturas; pero declararon que no comprarían té, salvo el de contrabando, que habian puesto á las órdenes del patriotismo. En las Antillas, los dinamarqueses, holandeses y franceses no deseaban otra cosa sino introducir este artículo en América. El contrabando se hacia en grande escala; y en cuanto á los empleados de aduana, ya fuese por patriotismo, por interes, ó por ambas cosas, nunca vieron desembarcar esos grandes cargamentos. El impuesto sobre el té, solo habia producido á los ingleses en 1773 siete mil francos. Observad que Franklin calculaba que en América existia un millon de personas que tomaban té, y que todos los años se debia comprar por valor de doce millones y medio de francos, sobre los cuales el gobierno inglés hubiera debido percibir un millon y medio, á no haber arruinado el comercio con su mala política.

Lord North, que se consolaba con facilidad, se ocupaba apenas de América; tan insignificante era el lugar que ocupaba esta en el mundo: poco desvelaban al ministro los sucesos que ocurrían en tierras tan lejanas. En el entretanto, del otro lado del Océano publicaban, hablaban y empezaban á familiarizarse con la idea de la separacion. Cada dia los sufrimientos comunes hacian sentir mas vivamente la unidad de las colonias, la union estrecha de las poblaciones, mirando con menos terror la probabilidad de un rompimiento con la Inglaterra. En 1766 Massachusetts prometia con profunda buena fé que si se le ofrecia la independenciam, no la aceptaria; en 1772 llegó hasta á pensar que era preciso conquistarla.

La compañía de las Indias Orientales, que vivía especialmente del comercio de té, pidió que se le ayudase por el gobierno: tenía en depósito enormes cantidades de este artículo, y las acciones se cotizaban con 50 por ciento de baja. Se intentó abrir nuevamente el mercado americano, y para ello el remedio era abolir el impuesto. No lo entendió así lord North, ideó un sistema muy ingenioso, creyó poder engañar á los americanos haciéndoles pagar el impuesto por medio de la baja del precio del artículo. Es probable que el engaño hubiese producido su efecto con otro pueblo. Un derecho de 25 por ciento á la salida aumentaba el valor del té; se permitió á la compañía exportarlo directamente no solo de Inglaterra, sino de la India. Los consignatarios de América lo recibirían con un descuento de 25 por ciento. Estos debían pagar al gobierno inglés tres peniques de derecho por libra; así, cuando los colonos fuesen á comprarlo, se les ofrecería mas barato que el de contrabando, y por esta baratura facticia se les hacía pagar el impuesto.

La cámara adoptó el proyecto sin temor. En lo que ménos pensaba la Inglaterra, si se exceptúan algunos individuos como Burke, el coronel Barré, ó lord Cambden, era en el espíritu público que existía en América. Creía que los colonos eran todos mercaderes ó agricultores, y no sospechaba la existencia de un pueblo de ciudadanos. La ley fué presentada al Parlamento en Mayo de 1772, y la Compañía de las Indias se dió maña para enviar inmediatamente á América su té: esta especie de invasión produjo un verdadero pasmo. El impuesto penetraba bajo un disfraz; ceder equivalía á renunciar un derecho. Por doquiera aparecieron fijados carteles avisando á los ciudadanos que era menester precaverse contra el veneno de la esclavitud que se introducía en el país. Se prohibió á los prácticos dirigir en los rios embarcacion alguna cargada con esa infame mercancía, y se resolvió unánimemente no admitir un presente que arruinaba la libertad.

En Filadelfia fué tan violenta la oposicion, que los consignatarios no se atrevieron á desembarcar sus cargamentos, y los devolvieron á Inglaterra. En Charleston, en la Carolina del Sur, luego que llegaron los buques, los consignatarios hicieron desembarcar el té; pero la poblacion se agitó exigiendo se le depositase en los almacenes: en efecto, se le encerró bajo de llave y allí se pudrió. No sucedió lo mismo en

Boston, donde se encontraba el reducido pero suficiente ejército del general Gage. Había en esta ciudad un gobernador enteramente decidido á defender los derechos de la Inglaterra; y como los consignatarios se viesen sostenidos, declararon que harían desembarcar el té y lo venderían; que eran dueños de recibir esa mercancía, y que en último caso, nadie estaba obligado á comprarla. Este proceder era muy legal, aunque nada patriótico. Los que daban el impulso á los sucesos comprendieron que era allí adonde iba á producirse el desenlace. Si se dejaba desembarcar el té, la América cedía: de lo contrario se cometía un acto de ilegalidad, y los culpables se exponían á la deportacion ó á la horca; los ingleses son inflexibles en tales materias, pero era fuerza salvar la libertad. Se declaró, pues, á los consignatarios que no se les consentiría el desembarco. Insistieron estos, y llegaron á atemorizar á los capitanes de buque, quienes fueron á pedir al gobernador un pase para salir del país. Les fué negado, declarando que la ley sería ejecutada, y que el té quedaría en el puerto.

Entonces, el 16 de Diciembre de 1773, Boston contempló un espectáculo singular: la poblacion estaba agrupada sobre los muelles, cuando aparecieron unos mohicanos muy corteses, que se embarcaron con mucha urbanidad y desembarcaron con la misma quinientas ó seiscientas cajas de té, las abrieron con esmero, arrojaron su contenido al mar, y durante tres horas se ocuparon de esta faena extraña, que importaba á la compañía medio millon de pérdida. Acabada la maniobra de destruccion en medio de aplausos universales, desaparecieron los salvages, que se habían trasformado en americanos. En Boston no se podían castigar estos actos: no se habría encontrado un jurado que condenase á los culpables, porque el país entero era cómplice; pero en Inglaterra este suceso produjo una irritacion general.

El hecho se consideró como un reto á la metrópoli; el pensamiento de los habitantes de Massachusetts no era otro efectivamente; había llegado á una situacion tal, que hacía imposible la discusion y necesario el empleo de la fuerza.

En Inglaterra el rey estaba furioso. Para complacer tanto á este como al Parlamento, lord North propuso una serie de medidas que tendían (preciso es reconocerlo), á la destruccion completa de la libertad americana.